



TEMA 3

EL REINO DE DIOS COMO HORIZONTE DE LA MISIÓN

TEMA 3

EL REINO DE DIOS COMO HORIZONTE DE LA MISIÓN

I. INICIO

En este tema deseamos proponer unos contenidos que permitan profundizar sobre la relación Reino de Dios y misión cristiana.

En esta experiencia del CAM6, deseamos **impulsar con nuevo ardor la misión ad gentes de la Iglesia, caminando juntos a la escucha del Espíritu, para ser testigos de la fe en Jesucristo en la realidad de nuestros pueblos hasta los confines de la tierra.**

Es necesario iniciar nuestra propuesta reconociendo que el Reino de Dios, no es simplemente el horizonte de la misión en cuanto cuestión periférica que puede ser visualizada o no según las circunstancias o el simple deseo de la comunidad eclesial. El Reino de Dios es el corazón mismo de la misión, es la razón de la misión. Recordemos que la misión es de Dios, y esta misión nos toma, como Iglesia, y le da sentido a nuestra existencia.

San Lucas nos presenta al mismo Jesús en el comienzo de su misión pública, ubicado en la sinagoga, lugar de "escucha" comunitaria de Dios, asumiendo la profecía de Isaías como encuadre y definición de su misión, leamos el texto, Lc 4,14-21:

"Jesús volvió a Galilea con el poder el Espíritu y su fama se extendió en toda la región. Enseñaba en las sinagogas y todos lo alababan. Jesús fue a Nazaret, donde se había criado; el sábado entró como de costumbre en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura. Le presentaron el libro del profeta Isaías y, abriéndolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor". Jesús cerró el Libro, lo devolvió al ayudante y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. Entonces comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír»".

Jesús es el Reino de Dios, su persona y su mensaje, su palabra, su forma de vida, su capacidad de relación, y su fidelidad al proyecto de salvación que brota constantemente del corazón del Padre, esto es el reino de Dios. Podemos identificar sencillamente, en el texto de Isaías, citado por Lucas, y puesto en boca de Jesús, algunas expresiones claras que describen el Reino:

- El Espíritu de Dios tiene el protagonismo y consagra (unge) a Jesús para la misión
- Jesús asume conscientemente su condición de enviado
- El enviado tiene interlocutores concretos: los pobres
- La dinámica del Reino se expresa en movimientos específicos: liberación, sanación. Éstas son fruto claro de la acción de Dios a favor de los hombres.

La sentencia final, “hoy se cumple...” nos permite comprender que Jesús, no solo simpatiza con la profecía, sino que la asume como camino de vida, así se concreta la misión del Hijo, enviado del Padre, ungido por el Espíritu.

Ahora, hagamos el ejercicio de preguntarnos: ¿qué consecuencias tiene para nosotros todo esto? La respuesta no admite espera, la misión que Jesús nos encomienda, la que da sentido y contenido a la vida de la Iglesia, no solo es una continuidad de la misión de Jesús, entendida como prolongación en el tiempo. Nuestra fidelidad a la misión del Reino, pasa por un constante proceso de transformación que no solo se traduce en el anuncio de la fe a aquellos que no conocen el Evangelio, sino que es también un camino de permanente conversión a la fe de parte de nosotros mismos, las palabras de Jesús: “conviértanse porque el Reino está entre ustedes” generan la sana tensión necesaria en nuestra vivencia creyente, en el nivel personal y comunitario.

II. DESARROLLO

El Reino de Dios: su naturaleza y sus valores

El mensaje de Jesús de Nazaret sobre el Reino de Dios que está aquí en medio de nosotros es rotundo. Apunta al presente. El verdadero presente está por definición constituido por todos los pasados que lo hicieron posible y abierto al futuro como posibilidad.

Si pudiéramos identificar una dimensión ética de la vivencia del Reino, es posible observar la experiencia global de la pandemia, a modo de ejemplo claro: en muchos de nosotros ha quedado resonando como un desafío, una necesidad de cambiar de vida. Se hace imperioso romper la lógica que sostiene una manera de vivir tan vertiginosa. Esta dimensión ética nos interpela posiblemente

a buscar un estilo de vida que abrace la sencillez, la simplicidad, que renuncia a las apariencias, a las carreras por el prestigio y al consumo irresponsable y desmedido. Pero la comprensión adecuada del Reino, supera la sola interpretación ética como una exigencia moralista. Luego, cuando volvemos a contemplar la experiencia de Jesús a través de las Sagradas Escrituras, podemos entender que las posibles exigencias morales de la vivencia del Reino se sustentan en una experiencia de aprendizaje mucho más profunda donde el discípulo misionero, a través del encuentro permanente con Cristo, asume progresivamente, su pertenencia a Dios, su pertenencia a la Iglesia, y a partir de esa relación filial, en la que se tiene a Dios por Padre, y a la Iglesia por Madre se comprende que el Reino de Dios ofrecido a la humanidad entera, servido por la Iglesia como sacramento de salvación, nos lleva a redescubrir la vocación a la unidad, unidad que no se agota al interior de la Iglesia, sino que se abre a la mística de la pertenencia a la familia humana.

En la fe cristiana es decisiva la centralidad de la persona de Jesucristo, recordemos una vez más que Jesús no solo “habla del Reino”, Él “es” el Reino de Dios; en consecuencia, los creyentes debemos sostener una dinámica que nos permita volver a Él siempre, y cuando nos proyectamos en anunciarlo, es menester, procurar hacerlo abarcando la totalidad de su persona y su mensaje, para nosotros y para nuestros interlocutores debemos buscar la constante experiencia de la fascinación con su persona y su mensaje.

Es frecuente, encontrarnos con personas que nos comparten sus propias búsquedas de felicidad, más aún, nosotros mismos buscamos ser felices. Sin embargo, en no pocas ocasiones estas búsquedas se enfocan

en la sola satisfacción de necesidades o en el intento de alcanzar mínimas seguridades personales o familiares, pero, ¿encontramos este tipo de felicidad en Jesús, en su misión? En un simple ejercicio de contemplación descubrimos rápidamente que Jesús no viene a nosotros para darnos algún mensaje superficial de consuelo o a entretenernos con algunos compromisos con causas saludables de moda en cada tiempo, Jesús no es un revolucionario pragmático, ni un místico abstraído de la realidad, que vende una felicidad superficial, ni siquiera pretende dar un posible mensaje cuestionador. Jesús vive, se encuentra, escucha, siente, habla, sirve, carga con la cruz, muere entregando la vida para salvar – redimir al mundo. El Reino de Dios es Salvación para el mundo.

La irrupción del Reino en la historia nos permite comprender que todo puede ser redimido, que la justicia de Dios quiere alcanzar a todos salvando. Un cristiano es una persona fascinada por la experiencia de ser salvado, y busca acercarse a cada situación de dolor y pecado para ofrecer mediante la palabra, el testimonio y la entrega de la propia vida, la salvación de Dios a todos. Para que esto sea posible, la dimensión discipular de nuestra condición cristiana nos permite entrar siempre en comunión con Jesús para aprender sus palabras, sus gestos, sus formas, y a su vez, esta misma condición discipular, complementada con la dimensión misionera nos permite madurar en la capacidad de encuentro con los otros, de tal forma que la realidad llegue también a nosotros, entre en nosotros, nos duela su dolor, nos alegre su alegría, nos comprometan sus necesidades. Es un ejercicio de descentramiento permanente, donde le damos la primacía a Jesús, maestro de humildad, constancia, paciencia y compasión, y miramos desde su mirada, con la libertad de los hijos de Dios,

este es el movimiento misionero que nos hace servidores del Reino.

Espiritualidad del discípulo misionero del Reino Dios

Nuestra condición de llamados, ungidos y enviados. No existe alguien que pueda definirse como misionero por su propia iniciativa, la dimensión vocacional del propio camino de fe nos lleva a descubrir que, porque somos llamados a creer en Dios y abrirnos al don de su paternidad, somos ungidos y enviados para ofrecer este don a todos. Alimentar nuestra conciencia de “enviados” nos llevará siempre a un ejercicio de purificación que nos desinstala y ahuyenta cualquier pretensión de superioridad, de triunfalismo o exitismo misionero. No tenemos una misión, la misión de Dios nos tiene.

Nuestros interlocutores, son los de Jesús, los pobres. Una clave de discernimiento misionero siempre será la vida de los pobres, no como víctimas de un sistema, sino como lugar teológico donde Dios se hace presente, y nos exige fidelidad en el servicio por la justicia, la verdad, la dignidad y el bien común.

Los movimientos propios de la misión de Jesús, a favor de las personas, siguen siendo los canales de la misión que se nos confía, esto nos evita posibles interpretaciones desviadas de la misión, que pueden tener aroma a abstracciones morales, piadosas, doctrinales. La misión al servicio del Reino nos pide una espiritualidad de pertenencia al Santo Pueblo Fiel de Dios, que celebra, escucha a Dios en las Escrituras y en la realidad, y sirviendo compasivamente, sin prepotencia ni intereses ocultos, ofrece el camino de salvación y reconoce el Reinado de Dios.

Para Jesús el Reino de Dios, lo que esperaba y anunciaba, es aquello que ocurre cuando reina Dios, en lugar de otro poder cualquiera. En términos históricos, es decir, en cuanto realización en el tiempo, significa que la paz, la justicia y el amor reinan entre los seres humanos y en la naturaleza. El reino de Jesús, reino de justicia y servicio, busca crecer en medio de las personas y del mundo. Jesús no huyó del mundo ni invita a nadie a huir de él. “Mi reino no es de este mundo”, esta palabra de Jesús no debe llevarnos a despreocuparnos y evadirnos, cayendo en una espiritualización de la evangelización, pues estamos llamados a servir en la expansión de un Reino que no se identifica con los poderes de este mundo pero que se hace visible, tangible en él. A eso se dedicó Jesús: testimonio y servicio. La misión no es un ejercicio de poder, el poder crea dominación, uniformidad, produce despersonalización y sumisión. La fuerza del testimonio y el servicio no domina, ni se impone, ni castiga, ni condena, ni excomulga, sino que acompaña y enamora, crea libertad y unidad en la diversidad e igualdad, auténtica comunión. Claro, presentado así, podría surgir quien señalara que es necesario no perder de vista que la misión también tiene un contenido que debe ser presentado, y que quien pretende seguir a Jesús y llamarse cristiano debe aceptar. Y es así, la misión no se agota en un accionar humanitario que busca resolver las problemáticas de la convivencia social y las decisiones de orden.

El Reino de Dios es también Reino de Verdad, En Jesús se nos presenta la verdad de Dios y la verdad del hombre, la misión al servicio del Reino no renuncia a esta verdad, mucho menos la negocia, el testimonio misionero, incluye el testimonio de la Verdad, Cristo (Jn 14,6). La auténtica libertad se nos da en esta verdad (Jn 8, 31 – 38). Sin embargo, será

siempre necesario, alejarnos de la tentación del legalismo, entendiéndolo como el afán de proponer el camino de fe, como el mero cumplimiento de leyes y normas. Jesús no desautoriza la normativa moral de la fe, la novedad en Jesús surge en la primacía del mandamiento del amor que plenifica la ley, superando la comprensión de esta, como una mera secuencia de prohibiciones e indicaciones para convertirse en la propuesta exigente y liberadora de vivir en fidelidad a Dios y en comunión con los hermanos. En Jesús, esto no es solo un discurso, es su forma de vida, y nuestro seguimiento misionero pasa por asumir la misma forma.

Manifestación del Reino: transformación social

Un rasgo propio del Reino de Dios que anuncia Jesús es su realización actual y permanente: no anuncia una utopía sino una realidad que Él hace presente (Mt 11, 3-5) (Lc 17, 21). Dios ha entrado dentro de la historia humana... que ha cambiado de color y perspectiva... el mundo no se ha acabado, sino que el viejo mundo, se ha transformado en nuevo. Jesús se revela Él mismo como el mismo Dios bajo condición humana: el esperado de las naciones, el salvador del mundo. Es el puente entre Dios y la persona humana, participando de forma extraordinaria de una manera de ser Dios que comparte con nosotros su decisión de ser hombre. Cuando Jesús anuncia la inauguración de ese mundo nuevo lo hace siempre en términos de alegría y esperanza. Por eso Jesús se identifica con el Mesías prometido en la historia de su pueblo: su misión es inaugurar el cumplimiento de la promesa de Dios para con las personas y el mundo, y mostrar, con su humanidad, la dirección que dibuja el camino hacia la felicidad plena. Siempre que Jesús nos habla del Reino, nos implica como actores imprescindibles de su realización, porque

Dios espera el asentimiento de nuestra libertad y nos invita a sentirnos afortunados por ello: participar en la expansión del Reino de Dios, es nuestra manera de acercarnos a Él y alcanzar la dignidad con la que hemos sido creados. Jesús anuncia y convoca a la vez: cada anuncio es una llamada para cambiar; nos llama a la conversión como liberación de esclavitudes y ataduras que nos paralizan (Mc, 1,15).

Una adecuada comprensión de la persona

Hasta aquí hemos insistido en la dimensión histórica del Reino de Dios, y es imposible que lo hiciéramos de otra manera, sin embargo, el mismo Reino de Dios es mucho más que la sola respuesta a cualquier situación de injusticia y desorden en la convivencia. El Reino de Dios es “salvación”, así advertimos que, a fin de evitar un cierto pragmatismo social o cultural, o someternos a una interpretación ideológica, tenemos la obligación de detenernos en la reflexión sobre la dimensión trascendente del Reino de Dios, la salvación nos proyecta a Dios, a la Vida Eterna, las respuestas y compromisos cristianos en el tiempo, coherentemente con el Evangelio, superan la sola proyección histórica para alcanzar la plenitud de vida para siempre. Para abarcar esta dimensión nos serviremos de algunas consideraciones sobre la comprensión del misterio de la persona humana. Es decir, un breve desarrollo antropológico que incluya la trascendencia de la que somos capaces y nos evite la tentación del inmediatismo. Simplemente enumeramos algunos principios muy básicos.

1. Dios se revela. Nuestra comprensión de la persona humana tiene como punto de partida la revelación de Dios uno y trino revelado en Cristo. Es decir que si deseamos conocer al ser humano debemos recurrir

a la revelación. Descubrimos quienes somos, a la luz de Jesucristo revelador de Dios. El Concilio Vaticano II, señala que Cristo, en la revelación del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le da a conocer su altísima vocación. (cf. GS 22). En cuanto destinatario de la revelación, el ser humano es objeto de esta. En cuanto destinatario del amor del Padre, el hombre llega a saber hasta las últimas consecuencias quien es él mismo. En este sentido, la antropología teológica, siempre en diálogo con la filosofía y las ciencias que aportan sus conocimientos, contempla todo eso desde una mirada condicionante: la relación del hombre con Dios, porque consideramos que ésta es la dimensión más profunda de nuestro ser y nos permite reconocernos como el objeto privilegiado del amor de Dios y la única creatura de la tierra que Dios ha querido por sí misma (GS 24), y es llamada a la comunión de vida con el mismo Dios Trinidad.

2. Lo propio de esta comprensión del ser humano, que se nos da a conocer en Jesús, es esa relación de amor y paternidad que Dios pretende establecer con todos los humanos en Jesús, su Hijo. Somos llamados por gracia a ser hijos, a participar en el Espíritu Santo en la relación propia solo de Jesús, el Hijo.
3. Esta llamada y este don, presuponen nuestra libertad. Nuestra existencia nos es dada por Dios, que nos crea para podernos llamar a la gracia de la comunión con Él. Tenemos consistencia propia, no sin relación al Creador de quien todo nos es dado, esta consistencia propia es necesaria para que pueda darse la llamada, que va dirigida a cada uno.
4. Estamos marcados por la experiencia del pecado. Creados por amor, no siempre

respondemos con amor, en diversa medida somos capaces de responder a Dios no solo desde la indiferencia, sino también desde el rechazo explícito a Dios. Esta es una dimensión negativa, pues, no debería ser, porque es destructiva del hombre mismo, sin embargo, hace parte de la existencia. Y no podemos obviarla, especialmente porque, en el Nuevo Testamento se nos enseña que el amor de Dios, manifestado en Cristo, se hace perdón y misericordia, aceptación del pecador y justificación.

5. Con su muerte y resurrección, Cristo ha vencido el pecado y la muerte. Y nuestra inserción en Él por el bautismo es un acontecimiento decisivo en cada uno de nosotros. Por Él existimos en la fe, la esperanza y la caridad.
6. Nuestra misma condición de creaturas comprende la vocación social, somos en relación, capaces de solidaridad.
7. Todo el mundo que nos rodea, en el cual nos movemos y existimos, es también obra de Dios.
8. Nuestra vocación definitiva es el estado de plenitud por gracia de Dios.
9. Somos Cuerpo. Frecuentemente se escucha decir "tengo mi cuerpo", en realidad no se trata de tener un cuerpo como posesión sino de reconocernos cuerpo, y de hecho somos cuerpo en cuanto que somos en el mundo; el mundo no es para nosotros una mera circunstancia de lugar, sino un elemento constitutivo; somos en el tiempo, precisamente por ser cuerpo estamos inmersos en la dimensión temporal de duración continua y sucesiva, esto nos lleva a pensar en nuestra condición itinerante y peregrina en la que nos corresponde aprender, corregir, convertirnos y arrepentirnos; somos mortales, la muerte nos desmundaniza y nos destemporaliza, nos sustrae del

ámbito temporal que nos constituye. En este sentido la muerte indica un final para las dimensiones constitutivas de cuerpo, mundo y tiempo, lo que nos hace pensar que debemos tomarla muy en serio; somos sexuados, es claro en la concepción del ser humano ofrecida en los relatos de la creación, que, nos realizamos en la polaridad complementaria del varón y de la mujer. Esta diferenciación sexual, implicada en la corporeidad, confiere al ser humano una doble tonalidad afectiva, un doble modo de instalación humana y de relación social correlativamente diferentes, porque en la sexualidad del hombre se proyecta su manera de ser en el mundo; somos expresión comunicativa, por el cuerpo nos decimos a nosotros mismos, el cuerpo es mediación de todo encuentro, especialmente lo es el rostro, que según alguien ha dicho es el lugar en donde, por excelencia, la naturaleza se hace porosa a la persona; somos históricos y creativos, la historicidad, como estructura trascendental del hombre, lo abre a un compromiso dentro de la historia en la que debe proyectar su existencia, personal y comunitariamente.

10. Somos alma. Con este concepto antropológico se expresa la singularidad del ser humano y su apertura constitutiva a Dios, detrás está la categoría bíblica de imagen de Dios. En virtud de nuestra naturaleza creada estamos en condición de encontrar a Dios.

La persona, es ese don y misterio que es cada uno para sí mismo y para los demás.

El Reino de Dios para Jesús es la manera en que Dios manifiesta su actuación en medio de la historia. De esta forma, el Reino de Dios es un mensaje de fortaleza en el presente y de esperanza en el futuro para los pobres,

los hambrientos, los afligidos: para todos los desgraciados. El Reino de Dios se traduce en actitudes de acogida con los pecadores, de respeto y reivindicación de las mujeres estigmatizadas, en sanación de los enfermos, en liberación de los “espíritus impuros”. Una manifestación histórica del Reino del Padre es la fraternidad entre los seres humanos. Aceptar la salvación en Dios Padre sitúa la vida humana bajo el paradigma real de la misericordia, que no es un sentimiento sino una actitud fundamental, la misericordia “se hace” en el día a día.

Otra consecuencia del anuncio del reino es la capacidad de ser inclusivos. Esto deriva de la práctica del mismo Jesús que no busca la renovación de Israel por un reforzamiento de las leyes de pureza, sino anunciando la cercanía de un Dios misericordioso. ¿Qué nos ayudaría a llegar a esta convicción? ¿Cómo comunicar que el Reino de Dios está entre nosotros y comienza aquí y ahora? El Reino de Dios está en el corazón humano. ¿Qué nos ayudaría a descubrirlo?

Opción preferencial por los pobres como categoría teológica

En nuestro último apartado deseamos detenernos en un tema siempre controversial, porque asumimos, nos interpela y nos incomoda. En la misma experiencia comunitaria concreta encontramos diferentes miradas y comprensiones. Al inicio de este capítulo hemos notado que los interlocutores del anuncio, y podemos decir, de la vida de Jesús, son los pobres, es por esto que nos sentimos en la obligación de detenernos en la reflexión sobre este aspecto.

En el Documento de Puebla podemos leer:

“La inmensa mayoría de nuestros hermanos

siguen viviendo en situación de pobreza y aun de miseria, que se ha agravado... (DP 1135); carecen de los más elementales bienes materiales en contraste con la acumulación de riquezas en manos de una minoría... Los pobres, no sólo carecen de bienes materiales, sino también en el plano de la dignidad humana carecen de una plena participación social y política”. (Ref. DP 297) “El compromiso evangélico de la Iglesia, como ha dicho el Papa, debe ser como el de Cristo, un compromiso con los más necesitados... Por esta sola razón, los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren” (DP 1141).

La opción por los pobres viene exigida por la situación de injusticia institucionalizada en que se vive, según expresión de los Obispos de Puebla. Ya antes, en la Conferencia en Medellín, se había hablado de “violencia institucionalizada” (DM 16), y el Papa Juan Pablo II en su homilía en el Santuario de Zapopán en México (1979) se refirió a la “estructura de pecado”.

La opción preferencial se dirige al pobre en cuanto pobre, porque como dice Juan Pablo II, los pobres son los predilectos de Dios, que envió a su Hijo pobre y constituyó su Iglesia teniendo a la vista a la humanidad pobre y necesitada. La opción preferencial por el pobre es una actitud obligada de cada cristiano y también del conjunto de la Iglesia. La pura racionalidad de una ética pide hoy optar por los oprimidos aun sin referencia explícita al Evangelio. Es incorrecto pensar que la opción por los oprimidos sólo puede fundarse en el Evangelio, lo que ha dado lugar a que muchos pierdan la fe. Más aún, la concretización de la opción por los pobres en un momento histórico determinado requiere, para hacerse operativa, de las

ciencias sociales y de las situaciones que se dan en cada uno de ellos. Esto conlleva el que haya que iluminar la opción por los oprimidos con la luz y la fuerza del Evangelio,

Los Obispos continúan describiendo los rostros concretos en que se expresa “la situación de extrema pobreza generalizada” (DP 31), de la siguiente manera: niños golpeados por la pobreza antes de nacer, jóvenes frustrados en zonas rurales y suburbanas, indígenas marginados y que viven en situaciones inhumanas, campesinos sin tierra y sometidos a la explotación, obreros mal retribuidos y privados de sus derechos, marginados y hacinados urbanos frente a la ostentación de la riqueza, ancianos marginados y abandonados... (DP 32-39). Estos rostros concretos expresan “la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos”, lo cual es juzgado como “el más devastador y humillante flagelo” (DP 29). Pobreza no es mera carencia, no es mera dificultad de dominar la vida, sino dificultad de vivir causada por otros e ignominia añadida introducida por otros. Pobreza entonces es pecado, “clama al cielo” (DM, I Justicia), “es contrario al plan del Creador y al honor que se merece”, (DP 28).

De igual forma, asienta la creciente diferencia entre ricos y pobres: “La verdad es que va aumentando más y más la distancia entre los muchos que tienen poco y los pocos que tienen mucho” (DP 2). Pobreza es entonces no sólo carencia de vida, no sólo injusta carencia de vida causada por los opresores, sino que es también la negación formal y más radical de la fraternidad, del ideal del reino de Dios. Como las raíces de la opresión son estructurales, esta pobreza, histórica y dialéctica, se hace masiva y duradera; no es casual y exige cambios profundos de las

estructuras (DP 30). La pobreza es entonces no sólo carencia de vida, no sólo injusta carencia de vida causada por los opresores, sino que es también la negación formal y más radical de la fraternidad. De seguro que en nuestras experiencias de Misión nos encontraremos con los pobres. Por ende, es importante que tomemos conciencia del porqué de la situación de los pobres a nivel mundial y allí a donde iremos de Misión. Nos encontraremos con personas y comunidades pobres. Son nuestros hermanos empobrecidos.

La opción preferencial por los pobres continúa estando presente en la reflexión latinoamericana y caribeña, y la encontramos en el Documento de Aparecida en el numeral 391, ss.

III. CIERRE

Gustavo Gutiérrez (2007) nos indica cómo la vida del pobre es una situación de hambre y de explotación, de insuficiente atención a la salud y falta de vivienda digna, de acceso difícil a la educación escolar, de bajos salarios y desempleo, de lucha por sus derechos y represión. Pero no es eso todo, según su autor ser pobre es también una manera de sentir, de conocer, de razonar, de hacer amigos, de amar, de creer, de sufrir, de festejar, de orar. ¿Por qué optar por los pobres?

¿Cuál ha de ser nuestra actitud? ¿Cómo dialogar con ellos sobre los derechos humanos y los derechos de la creación? ¿Qué nos ayudaría profundizar en nuestra preparación? ¿Cómo abrirnos a aprender de ellos, que pequeños podemos dar para despertar su conciencia, valorar sus esfuerzos de organización y compromiso para reclamar sus derechos, valorar su cultura? Ellos son nuestros hermanos.

FICHA DE TRABAJO

EL REINO COMO HORIZONTE DE LA MISIÓN

I. ELEMENTOS ORIENTADORES DEL CAM6

- **Texto bíblico:** Jesús dijo a sus discípulos: «Recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.» Hechos 1,8
- **Tema:** Evangelizadores con Espíritu hasta los confines de la tierra
- **Lema:** América, con la fuerza del Espíritu, testigos de Cristo
- **Objetivo:** Impulsar con nuevo ardor la misión *ad gentes* de la Iglesia, caminando juntos a la escucha del Espíritu, para ser testigos de la fe en Jesucristo en la realidad de nuestros pueblos hasta los confines de la tierra.
- **Himno:** Testigos de Cristo Vivo
Cantemos juntos el coro...
*¡Mira cómo se aman! ¡Mira cómo caminan!
América, con la fuerza del Espíritu.
América, testigos de Cristo Vivo.*

II. OBJETIVO PARA ESTE TERCER ENCUENTRO DE TRABAJO

Objetivo específico: Reflexionar acerca del Reino de Dios como horizonte de la Misión, considerando que este es el mensaje principal de la Persona de Jesús, a fin de que nuestra acción misionera sea un seguimiento hacia Él, especialmente entre los más pobres.

III. ORACIÓN PARA EL SEXTO CONGRESO AMERICANO MISIONERO

Nos unimos a la oración que el Papa Francisco nos regaló para este Sexto Congreso Americano Misionero destacando lo que nos implica en este encuentro. En los fragmentos resaltados podemos realizar un breve momento de silencio para profundizar en la oración. Durante o luego de culminada la oración, pueden compartir alguna resonancia que haya tocado su corazón.

Oh Padre misericordioso,
que revelaste en tu Hijo la «Buena Nueva»,
anunciada en estas tierras de América
por tantos misioneros, con palabras y con
obras;
ayúdanos a redescubrir nuestra vocación de
bautizados
para dar un nuevo impulso a nuestra acción
misionera
proclamando, como ellos, la alegría del
Evangelio.

Oh Dios,
que derramas tu Espíritu Santo para
**RENOVAR LA FAZ DE LA TIERRA,
LASTIMADA POR LA INJUSTICIA Y EL
SUFRIMIENTO;**
danos fortaleza para caminar, como pueblo
de Dios,
en sinodalidad y escucha mutua,
hacia el próximo Congreso Misionero
Americano,
testimoniando juntos el amor que vence al
mundo.

Oh Dios y Padre nuestro,
que escogiste a María como modelo de
evangelización
para ofrecer a Cristo a toda la humanidad;
haz que, imitando su ejemplo de entrega
y sostenidos por su cuidado maternal y
providente,
seamos siempre tus discípulos misioneros
hasta los confines de la tierra.
Amén.

IV. TEXTO ILUMINADOR

Lc 4,14-21

Jesús volvió a Galilea con el poder del Espíritu, y su fama corrió por toda aquella región. Enseñaba en las sinagogas de los judíos y todos lo alababan.

Llegó a Nazaret, donde se había criado, y el sábado fue a la sinagoga, como era su costumbre. Se puso de pie para hacer la lectura, y le pasaron el libro del profeta Isaías. Jesús desenrolló el libro y encontró el pasaje donde estaba escrito:

El Espíritu del Señor está sobre mí. El me ha ungido para llevar buenas nuevas a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos, y a los ciegos que pronto van a ver, para despedir libres a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor. Jesús entonces enrolló el libro, lo devolvió al ayudante y se sentó, mientras todos los presentes tenían los ojos fijos en él. Y empezó a decirles: «Hoy les llegan noticias de cómo se cumplen estas palabras proféticas».

V. SÍNTESIS BREVE DEL MARCO TEOLÓGICO

Lo que es decisivo en el cristianismo es la persona de Jesucristo. Para Jesús el Reino de Dios, es aquello que ocurre cuando reina Dios, en lugar de otro poder cualquiera. Significa que la paz, la justicia y el amor reinan entre los seres humanos y en la naturaleza. Un reino de justicia y servicio que debe crecer en medio de las personas y del mundo. La Misión comienza con esa mirada contemplativa que permite descubrir los signos del Reinado de Dios presentes en el Mundo y aquello que se opone a este reinado.

Cuando Jesús indica que su reino no es de este mundo no lo hace para alejarnos de él sino para descubrir que la lógica de su actuar es diferente. Su lógica es la verdad, "he venido para ser testigo de la verdad". Una verdad que supera los legalismos, las falsedades el odio, la violencia, la exclusión y toda clase de males que enajenan al ser humano de aquello que no le permite vivir su más profunda realidad: "hecho a su imagen y semejanza" (Gn 1, 26). Un reino que busca liberar a las gentes de cuanto las deshumaniza y las hace sufrir que responde a lo que más desean: vivir con dignidad... Siempre que Jesús nos habla del Reino, nos implica como actores imprescindibles de su realización y nos invita a sentirnos afortunados por ello.

Un Reino que reconoce en el centro a la persona humana en el que se siembra una semilla y llega a hacerse tan grande que miles de pájaros vienen a cobijarse en sus ramas (Mt 13,31-32). Quien riega esta semilla es el Espíritu que derrama amor sobre la tierra de nuestro corazón. Un Reino en que Dios manifiesta su actuación en medio de la historia. Un mensaje que da fortaleza en el presente y esperanza para el futuro sobre todo en los pobres, hambrientos, afligidos: para todos los desgraciados. Donde se hace presente la opción preferencial por los pobres. Pobreza las más de las veces ocasionada por otros; pecado, que "clama al cielo" (Medellín, justicia 1), "contrario al plan del Creador y al honor que se merece", (Puebla 28)

De seguro que en nuestras experiencias de Misión nos encontraremos con los pobres. Por ende, es importante que tomemos conciencia del porqué de la situación de los pobres a nivel mundial y allí a donde iremos de Misión. Nos encontraremos con personas y comunidades pobres. Son nuestros hermanos empobrecidos. ¿Cuál ha de ser nuestra actitud? Ellos son nuestros hermanos.

VI. PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Qué lugar ocupa el tema del Reino de Dios en nuestra reflexión y acción misionera?

2. ¿Son los pobres objeto de nuestra reflexión y acción? ¿Qué elementos reflejan esa opción o no opción en nuestra comunidad o grupo apostólico?

3. ¿Qué procesos de discernimiento se realizan en nuestro espacio de reflexión y acción misionera en la que se haga presente el dinamismo del espíritu que unge y envía?

VIII. ORACIÓN MARIANA

Bodas de Caná

«Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: «No tienen vino.» (Jn.2.1-3).

El ministerio de Jesús comienza en una fiesta en la que falta el vino. El mismo Jesús compara el Reino con un banquete de Bodas. La acción de María permite que la fiesta continúe. Pidamos a María que interceda para que todos los hombres y mujeres pueden participar del banquete del Reino de Dios.

Ave María

Dios te salve, María,
llena eres de gracia;
el Señor es contigo.
Bendita Tú eres
entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.
Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén



ORACIÓN PARA EL SEXTO CONGRESO AMERICANO MISIONERO

Puerto Rico, 19 al 24 de noviembre de 2024

Oh Padre misericordioso,
que revelaste en tu Hijo la «Buena Nueva»,
anunciada en estas tierras de América
por tantos misioneros, con palabras y con obras;
ayúdanos a redescubrir nuestra vocación de bautizados
para dar un nuevo impulso a nuestra acción misionera
proclamando, como ellos, la alegría del Evangelio.

Oh Dios,
que derramas tu Espíritu Santo para renovar la faz de la tierra,
lastimada por la injusticia y el sufrimiento;
danos fortaleza para caminar, como pueblo de Dios,
en sinodalidad y escucha mutua,
hacia el próximo Congreso Misionero Americano,
testimoniando juntos el amor que vence al mundo.

Oh Dios y Padre nuestro,
que escogiste a María como modelo de evangelización
para ofrecer a Cristo a toda la humanidad;
haz que, imitando su ejemplo de entrega
y sostenidos por su cuidado maternal y providente,
seamos siempre tus discípulos misioneros
hasta los confines de la tierra.

Amén.



Diseño y diagramación



cyeimac@gmail.com